

El Lapso de la Confianza

¿Cómo están siendo socavados los cimientos de nuestra profesión?

Mayor Joshua Glonek, Ejército de EUA

CUANDO EN 1973 terminó la participación directa de las fuerzas terrestres estadounidenses en Vietnam, algunos soldados volvieron a casa para ser menospreciados y olvidados por sus compatriotas. Muchos de los soldados que fueron denigrados por su participación en dicha guerra se vieron obligados a servir por la conscripción. La confianza pública se encontraba en el nivel más bajo, con muchos ciudadanos que culpaban tanto al Ejército como a las autoridades civiles encargadas de formular las políticas, cuyas órdenes estaba llevando a cabo el Ejército.¹ Las divisiones raciales entre los soldados, el desenfrenado uso de drogas y el deficiente liderazgo persistieron en el Ejército, incluso, después del término de la guerra. Al darse cuenta de la necesidad de cambios significativos, el Ejército se convirtió en una fuerza de voluntarios y llevó a cabo importantes modificaciones en sus métodos de entrenamiento, sistemas de armas y doctrina.

El entonces Jefe de Estado Mayor del Ejército, general William Westmoreland comenzó la tarea de reparación del problemático Ejército de la época de Vietnam. El foco de sus reformas fue lo que llamó “profesionalismo” que implicaba llevar a cabo mejoras en el entrenamiento, educación y competencia individual y organizacional.² En las dos décadas que siguieron, el Ejército trabajó arduamente para mejorar su profesionalismo y para la década de 1990, el Ejército se había establecido

como una de las profesiones más respetadas del país. Fundamentales para este resurgimiento de la profesión del Ejército fue el establecimiento de la confianza, la confianza entre el Ejército y el pueblo estadounidense y, la confianza en el Ejército entre sus soldados y líderes. A medida que se contempla el futuro del Ejército de 2020 y más allá, se debe analizar el estado actual de la confianza en nuestra profesión. Sostengo que la confianza por la que nuestro Ejército ha tan arduamente trabajado, ha mermado en los últimos 12 años de guerra y debemos detener la erosión antes de que socave a la fuerza.

Numerosos líderes del Ejército se han dado cuenta de la necesidad de reorientar y reciclar a nuestra fuerza en cuanto a qué significa ser un integrante de la profesión del Ejército. Las campañas de la profesión de las Armas dirigida por el general Martin Dempsey en 2011, oficialmente comenzaron esta discusión.³ Ahora, con la guerra de Irak finalizada y la guerra de Afganistán que aparentemente llega a su fin, es el momento para resolver nuestros defectos profesionales antes que sea demasiado tarde. No hay nada mejor que comenzar con el cimiento de nuestra profesión —la confianza.

Cuán importante es la confianza

El jefe de Estado Mayor del Ejército, general Raymond Odierno, se refiere a la confianza como

El mayor Joshua Glonek se desempeña en calidad de instructor en el Departamento de Ciencias Sociales en la Academia Militar de EUA (USMA), West Point. Cuenta a su haber con una Licenciatura de la USMA y

una Maestría en Política Pública de la Universidad de Chicago. Además, se desempeñó como líder de pelotón en Irak y comandante de compañía en Afganistán.

el *Sine Qua Non* o, el componente esencial de nuestra profesión de las Armas.⁴ En la doctrina del Ejército se define la confianza como “una dependencia garantizada en el carácter, capacidad, destreza fortaleza, o confianza en alguien o algo”.⁵ A fin de que nuestra profesión sea eficaz, debe haber confianza entre los soldados y sus líderes y, entre el Ejército y la Nación. Esta confianza no se nos ha dado sencillamente por usar el uniforme, más bien, la misma se gana al convertirnos en expertos en nuestra profesión y demostrar la valentía moral que adecuadamente refleja los valores del pueblo estadounidense. La confianza que nuestra profesión ha ganado no es algo que damos por sentado. Nuestra historia, a veces, nos permite reflexionar sobre los tiempos en que nuestra profesión no estaba en alta estima. No queremos regresar a esos tiempos, ni considero que necesariamente estamos en peligro, pero en calidad de profesional, debemos aspirar a obtener los más altos niveles de confianza, tanto dentro como fuera del Ejército. Toda degradación de esta confianza, independientemente de cuán pequeña, puede ser perjudicial. Si bien los cambios marginales debido a lo que se podría considerar insignificantes “incidentes aislados”, con el tiempo, el efecto acumulativo tendrá sus consecuencias.

Un declive en la confianza que existe entre los soldados y sus líderes disminuye la eficacia del Ejército. Según lo que escribió el general Robert Cone: “Si nuestra confianza, en calidad de líderes, se pierde con nuestros subalternos, no podemos efectivamente llevar a cabo la misión y definitivamente la misma fracasaría”.⁶ Los soldados que no confían en sus líderes se sienten obligados a cumplir las órdenes por temor a las consecuencias. Esto resulta peligroso para cualquier organización, especialmente, una en el que su negocio es luchar en las guerras. Los soldados solo motivados por la amenaza de castigo sopesarán el castigo de rehusarse a cumplir las órdenes contra las consecuencias de obedecerlas.

Si el soldado cree que hay un gran riesgo personal si cumple las órdenes, entonces podría concluir que sería mejor aceptar la medida disciplinaria que seguir la orden y correr el peligro de resultar

herido o muerto.⁷ Sin embargo, los soldados que han desarrollado una fuerte confianza en sus líderes toman medidas hacia el logro de la misión, independientemente del peligro personal que enfrentan. Están seguros de que sus líderes son competentes, que la misión es fundamental y que sus líderes han tomado todas las medidas disponibles a fin de minimizar el riesgo para sus soldados.

La falta de confianza entre el Ejército y los ciudadanos estadounidenses solo puede ser nociva. La existencia de una fuerza de voluntarios eficaz solo es posible si los estadounidenses se sienten seguros de unirse a la profesión del Ejército que les permite formar parte de una institución que se preocupa por sus integrantes mientras defiende a la Nación. El Presidente y el Congreso confían en nuestra ética y eficacia para otorgarnos la autonomía y recursos necesarios a fin de luchar y ganar.⁸ Si perdemos la confianza de los ciudadanos estadounidenses, entonces también perderemos el apoyo de nuestros líderes civiles, lo que nos dificulta aún más cumplir con nuestra obligación de defender a la Nación y a la Constitución según juramos hacerlo.

Las relaciones cívico-militares

Los líderes civiles, debidamente elegidos por el pueblo, poseen la máxima autoridad sobre el Ejército.⁹ Este concepto del control civil sobre las fuerzas armadas se deriva de nuestra Constitución y es esencial para mantener una relación eficaz entre el Ejército y la Nación. Como expertos en operaciones militares, tenemos la obligación de asesorar a nuestros líderes civiles en asuntos relevantes para la seguridad nacional. Sin embargo, como líderes del Ejército, debemos comprender las limitaciones del proceso político en el que operamos. Según afirma Samuel Huntington en su teoría de las relaciones cívico-militares, el control civil objetivo de las fuerzas armadas permite que haya esta relación mediante la creación del cuerpo de oficiales, sumamente profesionales, que está listo para cumplir los deseos de cualquier grupo de autoridad civil que garantiza una autoridad legítima en el Estado.¹⁰ Los profesionales militares



(Archivos Nacionales, 2987665)

El presidente Lyndon B. Johnson, acompañado por el general William Westmoreland, condecora a un soldado, Bahía Cam Rahn, Vietnam, 26 de octubre de 1966.

deben comprender y respetar esta relación. El no apoyar al liderazgo civil o establecer un clima de insolencia hacia los funcionarios electos se considera insubordinación y contrario a nuestras normas profesionales.

El más reciente y prominente caso de colapso de nuestras normas para las relaciones cívico-militares resultó en la renuncia del general Stanley McChrystal, comandante de la Fuerza de Seguridad y Asistencia en Materia de Seguridad. En 2010, la revista *Rolling Stone* anónimamente publicó un artículo que citaba a los ayudantes del general McChrystal en donde criticaban al presidente Barack Obama y su equipo.¹¹ En el artículo se representó un clima en el que tanto el general McChrystal como su Estado Mayor mostraron insubordinación hacia la administración de Obama porque consideraron que el Presidente no era lo suficientemente competente para administrar eficazmente la guerra

en Afganistán. Si bien la veracidad de la historia se ha puesto en duda, McChrystal ha afirmado que “indistintamente de cómo juzgué la imparcialidad y exactitud de la historia, la responsabilidad era mía.”¹² Pocas horas después de la publicación del artículo, el general McChrystal estaba en un avión rumbo a Washington para entregarle al Presidente su renuncia.

Independientemente de cuán fuera de contexto pudieron estar estas afirmaciones hechas por el Estado Mayor del general McChrystal, el artículo publicado por la revista *Rolling Stone* destacó una tensión que existía entre el Ejército y sus autoridades civiles en cuanto a cómo ejecutar mejor una guerra que cada vez más se tornaba impopular para los estadounidenses. Estos tipos de desacuerdos públicos son perjudiciales para las relaciones cívico-militares y socavan la confianza que existe entre el Ejército y la Nación.



(Ejército de EUA)

Segundo teniente, Omar Vásquez, 2º Escuadrón, 3º Regimiento de Caballería Blindada, señala dónde estarán colocados los blancos para el entrenamiento de las tropas del Ejército Iraquí con el 2º Escuadrón, 3º Regimiento de Caballería Blindada, Wasit, Irak, 20 de octubre de 2010.

Una insubordinación menos abierta hacia las autoridades civiles puede dañar las relaciones cívico-militares. El no ofrecer un liderazgo civil con una suficiente variedad de opciones es una manera en que los líderes pueden fomentar su curso de acción deseado. En 2009, se hizo evidente que existía una rencilla entre algunos líderes militares y la administración de Obama. Una serie de filtraciones a los medios de comunicación, las cuales revelaron la postura del Ejército en cuanto a que era necesario un mayor número de tropas para lograr el éxito en Afganistán, hizo que algunos en la administración alegaran que los militares intentaban acorralar al Presidente durante el proceso de revisión de estrategia.¹³ Si bien, las opiniones de los militares profesionales son vitales para el desarrollo de la política eficaz de seguridad nacional, los líderes militares deben comprender que, en última instancia, la decisión final descansa en las manos del Presidente. Toda

medida que de la apariencia de que el Ejército está intentando manipular este proceso, diluye la credibilidad del consejo dado por los oficiales militares y socava la confianza entre los civiles y líderes militares.

En calidad de profesionales militares, contamos con un conjunto singular de experiencia de gran valor para los encargados de elaborar las políticas quienes formulan y ejecutan la política de defensa, pero debemos evitar tomar una medida incoherente o contraria a las decisiones que, por último, toman nuestros líderes civiles. En 2010, el documento oficial elaborado sobre este concepto en el cual se estipula que los “Profesionales militares... también deben desarrollar el juicio para reconocer cuándo los límites del proceso de toma de decisiones pueden ser sobrepasados. Cuando los actos de disidencia los llevan más allá de la representación y asesoría en la fomentación de las políticas o, incluso, del disentimiento público,

deben darse cuenta de que han sobrepasado los límites de su rol de uniformados y han exhibido comportamientos que, potencialmente, minan la autoridad de los funcionarios elegidos encargados de la formulación y ejecución de la política”.¹⁴ Luego, el ex secretario de Defensa, Robert Gates, abordó este tema en un discurso en la Asociación del Ejército de EUA, en el que señaló que es imperativo que todos nosotros participemos en estas deliberaciones, civiles y militares por igual —proporcionar nuestro mejor consejo al Presidente pero en privado”.¹⁵ Si nosotros, en calidad de líderes capaces de adherirnos a estas normas cívico-militares, tontamente desafiamos el control civil de nuestros militares, disminuimos aún más la confianza en nuestra profesión.

Los líderes militares creen que sus conocimientos y competencia les permiten proporcionar el mejor asesoramiento a los funcionarios civiles encargados de elaborar la política en materia de seguridad. Incluso, pueden considerar que su experiencia en un área específica es superior a la de los encargados de elaborar las políticas con la responsabilidad de tomar la decisión final. Cuando se toman decisiones que son contrarias a los consejos de los profesionales militares, pueden concluir que se ha tomado una pobre decisión de seguridad nacional y, en algunos casos, pueden estar en lo correcto. Sin embargo, según señala el erudito Marybeth Ulrich, “Las instituciones militares al servicio de las sociedades democráticas deben propugnar como una norma fundamental de las relaciones cívico-militares que la obligación principal de la profesión es la de no perjudicar a las instituciones democráticas del estado”.¹⁶ En otras palabras, los militares profesionales en una sociedad democrática están obligados a tolerar los resultados deficientes de las decisiones políticas para preservar la relación más importante que existe entre las fuerzas armadas y la sociedad. Esto es lo que el ex secretario Gates aludió cuando advirtió a las autoridades militares ofrecer un asesoramiento sincero pero privado. El no hacerlo perjudica la credibilidad de nuestra profesión y merma las relaciones cívico-militares.

Aparte de la tensión creada en estos últimos años entre los líderes civiles y militares, hay otro aspecto de las relaciones cívico-militares que cada vez más es motivo de preocupación. El representante Ike Skelton en 2010 dijo lo siguiente: “Mi mayor preocupación es que se produzca un abismo entre aquellos que protegen nuestras libertades y los que están siendo protegidos. A menudo, he hablado acerca de lo que percibo como una brecha de civiles y militares, una falta de comprensión entre los civiles y las fuerzas armadas que ha aumentado en la época de la fuerza de voluntarios”.¹⁷ Una separación cada vez mayor entre los militares y la población civil puede ser perjudicial para una fuerza de voluntarios la cual deriva su legitimidad de ser un subconjunto de la población en general.

En un reciente estudio llevado a cabo por el Centro de Investigación Pew se consideró investigar aún más si verdaderamente había una separación entre las fuerzas armadas y la sociedad hasta el punto que alega Ike Skelton. En el estudio se encontró que durante la última década, mientras que las fuerzas armadas han estado involucradas en el periodo de conflicto sostenido más largo en la historia de la Nación, solo la mitad de un por ciento de los adultos estadounidenses han servido en el servicio activo en un momento determinado.¹⁸

Esto representa un cambio masivo de las guerras previas en las que nuestra Nación ha luchado, donde la carga del servicio, en tiempo de guerra, estaba mucho más uniformemente distribuida en todo el país. A medida que el estadounidense común y corriente se separa cada vez más de las fuerzas armadas, se pierden las conexiones personales entre los civiles y los soldados y, las fuerzas armadas se perciben más como una herramienta del gobierno que como una organización compuesta por padres, madres, hijos e hijas que se han ofrecido de voluntarios para servir a su país.

Así como la población estadounidense ha visto una disminución en la participación militar, igualmente lo ha experimentado el Congreso. El recientemente convocado 113º Congreso cuenta con la menor participación de veteranos desde la Segunda Guerra Mundial. En 1977, poco después de la guerra de Vietnam, 412 veteranos fueron

juramentados en el Congreso, sin embargo, en el actual Congreso solo hay 119 integrantes con alguna experiencia militar.¹⁹ Una representación militar reducida en el Congreso, especialmente durante circunstancias que exigen inevitables reducciones presupuestarias pueden fomentar una actitud entre las fuerzas armadas de que 12 años de combatir en guerras, en nombre del país, es subestimado por los representantes electos.

En un informe elaborado por el Instituto Triángulo de estudios en materia de seguridad se encontró que menos de la mitad de la población civil cree que no se puede confiar en que los líderes militares respeten el control civil de las fuerzas armadas.²⁰ Por otra parte, solo un tercio de la población civil considera que los militares comparten los mismos valores de los ciudadanos estadounidenses. Más del 20 por ciento piensa que se sentirían desilusionados si sus hijos/as ingresaran a las fuerzas armadas.²¹

En la doctrina del Ejército se establece que la confianza entre el Ejército y el pueblo estadounidense se basa en la confianza mutua; los soldados juramentan servir a la Nación antes que cualquier otra consideración y, a cambio, todo lo que piden los soldados es que los ciudadanos estadounidenses recuerden sus sacrificios.²² La mayoría de los estadounidenses todavía apoyan a los militares, sin embargo, la separación, cada vez más grande, entre las fuerzas armadas y la sociedad está disminuyendo este apoyo. Según los señalado por el sociólogo David Segal, “las fuerzas armadas están en guerra pero el país no... y los militares lo resienten”.²³

En una conferencia en 2010 en la Universidad Duke, el ex secretario de Defensa Gates, hizo eco de muchos de estos sentimientos. Afirmó que si bien los veteranos de Irak y Afganistán han sido apoyados cuando regresaron a casa, “para la mayoría de los estadounidenses la guerra sigue siendo algo abstracto —una serie de distantes y desagradables noticias que no les afectan personalmente”.²⁴ Incluso, después de los trágicos acontecimientos del 9-11, que destacaron la importancia de contar con un Ejército eficaz y preparado, el ex secretario Gates dijo, “en ausencia

de una conscripción, para un número cada vez mayor de estadounidenses, el servicio en las fuerzas armadas, independientemente de cuán loable sea, se ha convertido en algo para que otras personas hagan”.²⁵

La confianza en la fuerza

Nuestros líderes civiles le han concedido gran autonomía a nuestro Ejército en vista de los estrictos estándares morales que hemos establecido para nosotros mismos. Comprendemos que esta vigilancia en nuestra organización puede ser rápidamente eliminada si no cumplimos con las expectativas que hemos establecido. Los doce últimos años de guerra han proporcionado muchos ejemplos de situaciones en las que el Ejército ha actuado en total contradicción a nuestras normas profesionales. El abuso de los detenidos en Abu Ghraib, la violación y asesinatos en Mahmudiyah, Irak y el “deporte” de asesinar a tres civiles afganos solo son algunos ejemplos de las graves faltas morales de algunos quienes sirven en nuestras filas.

En un Ejército donde más de un millón de soldados han sido desplegados en combate, algunos, múltiples veces, sería tonto pensar que no habrán situaciones en que los soldados se comportarán de una manera que desacreditará a nuestro país. En el mundo de hoy en día donde los medios de comunicación, por lo regular, están incorporados a nuestras unidades militares y tienen la capacidad de diseminar rápidamente información, cualquier acto poco ético cometido por los soldados estadounidenses es probable que sea compartido con el resto del mundo en cuestión de horas. En la mayoría de los casos, nuestro liderazgo civil condena las acciones de los integrantes de las fuerzas armadas quienes han perpetrado atrocidades y han destacado que sus comportamientos no son representativos de los valores inculcados en nuestros hombres y mujeres en las fuerzas armadas.

Tan inaceptables como pueden ser estos trágicos acontecimientos, nuestra sociedad parece reconocer que hay algunos que son emocional y psicológicamente incapaces de lidiar con el estrés

de la guerra. A diferencia de la masacre de My Lai en 1968, donde soldados estadounidenses mataron a más de 300 civiles vietnamitas, los trágicos fracasos que algunos de nuestros soldados han cometido durante las guerra de Irak y Afganistán son vistos más como deficiencias individuales que como un fracaso militar colectivo. Sin embargo, el Ejército enfrenta un problema institucionalmente más prevalente en el declive de “la salud de la fuerza” en los últimos años.

El principal de estos problemas es la escalada en los suicidios entre los militares. En 2012, 182 soldados del Ejército se suicidaron, lo que superó la cifra de 176 soldados que murieron en combate mientras llevaban a cabo la Operación *Enduring Freedom*.²⁶ El subjeefe de Estado Mayor del Ejército, general Lloyd Austin III, quien personalmente se involucró en la búsqueda de distintas maneras para reducir las tasas de suicidio del Ejército, ha insistido en la importancia de reconocer que este es un problema

de todo el Ejército y requiere la participación de los comandantes en todos los niveles.²⁷ Muchos atribuyen este aumento de los suicidios al estrés por el que pasan los soldados que se despliegan a la guerra. Las investigaciones han demostrado la conexión que existe entre el estrés de combate y el trastorno de estrés postraumático (PTSD, por sus siglas en inglés) y las consecuencias adversas sobre la salud mental de los veteranos que regresan de la guerra.²⁸ Si bien es claro el vínculo que existe entre el combate y el PTSD, no hay vínculo alguno entre el combate y el suicidio. En un estudio recientemente publicado que buscaba comprender los factores que contribuyen al suicidio se encontró que las variables relacionadas con los militares, tales como, si un soldado desplegado o expuesto al combate mostró o no una significativa relación al suicidio.²⁹ De hecho, de todos los soldados que se quitaron la vida el año pasado, más de un tercio jamás fueron desplegados.³⁰



(Ejército de EUA)

Primer teniente Donald Maloy, Compañía D, 1^{er} Batallón de Infantería, 8^o Regimiento, Fuerte Carson, estado de Colorado, conversa con el capitán del Ejército iraquí Zature Mollod Hasaal, comandante de la 1^a Compañía, 4^o Batallón, 2^a División, durante una redada llevada a cabo por el Ejército iraquí en el barrio Mosul, Irak, 1 de abril de 2008.

Si bien no está exactamente claro qué está causando el aumento en las tasas de suicidio en el Ejército, este fenómeno puede reflejar la erosión moral de nuestra profesión, lo que indica un descenso en la confianza entre los soldados y sus líderes. El Ejército les ofrece a los soldados innumerables recursos para ayudarlos a recibir asesoría durante situaciones difíciles. De ahí que, ¿por qué tantos soldados deciden quitarse la vida en lugar de aceptar esta ayuda y trabajar hacia la solución de sus problemas? Al intentar comprender la situación de los soldados suicidas, uno se puede imaginar que las cuestiones relacionadas con la confianza, especialmente, las violaciones de la misma, podrían desempeñar un papel importante. Si un soldado suicida confía que sus compañeros y líderes les proporcionarán el apoyo necesario para resolver sus problemas (la mayoría, relacionados con malas relaciones), tal vez, la idea del suicidio los motivaría a actuar. En lugar de parecer débil o indeseable para el equipo, toman lo que ellos consideran el camino más fácil. El Presidente de Estado Mayor, general Martin Dempsey, ha identificado la importancia de recuperar la confianza en nuestra profesión como una manera de resolver el problema de suicidio en el Ejército declarando lo siguiente: “Si llegamos al punto... donde los jóvenes hombres y mujeres tienen la suficiente confianza entre sí, que si sienten estos impulsos, se acercarían a su amigo de combate... con sus miedos, angustias, tensiones y que el amigo de combate le preocupe lo suficientemente para confiar en su cadena de mando para lidiar con los mismos, entonces pienso que haríamos la diferencia”.³¹ El recuperar la confianza entre los soldados y sus líderes es el primer paso a seguir en la búsqueda de una solución a este problema.

El deterioro de la salud de nuestra fuerza también es obvio en los niveles profesionales de acoso sexual y agresión sexual que se está produciendo dentro de las filas. Desde 2006, los informes de delitos sexuales en el Ejército han incrementado 28 por ciento.³² Si bien algunos de estos aumentos pueden deberse a una mayor disposición para denunciar los mismos, los niveles actuales de acoso y agresión sexual indican una grave carencia de

comportamiento profesional en nuestro Ejército. Estos tipos de delitos, especialmente, los que quedan impunes, surten un efecto corrosivo en las unidades del Ejército. Los delitos sexuales destruyen la cohesión y, por consiguiente, el apresto de la unidad. En un estudio llevado a cabo por el Departamento de Asuntos de Veteranos se reveló que la gran mayoría de los soldados quienes denunciaron haber sido sexualmente acosados o agredidos dijeron que sus agresores eran compañeros integrantes del servicio, casi la mitad de los cuales eran integrantes con grados superiores.³³

Intolerablemente, los altos niveles de suicidios y delitos sexuales solo son dos factores que contribuyen a lo que Don Snider, un erudito sobre ética militar, llama “Corrosión Moral” dentro de nuestra profesión militar. La explicación de esta disminución es que las Fuerzas Armadas se centran demasiado en el desarrollo de la competencia individual y de la unidad militar a costa del desarrollo del carácter moral.³⁴

Tal vez, la indicación más sorprendente de la disminución en la moral que se ha producido a lo largo de nuestro Ejército se refleja en la tendencia, sumamente perturbadora de las faltas morales y éticas de nuestros líderes de mayor antigüedad. Los individuos ascendidos a niveles superiores tienen la obligación de mantener los estándares más estrictos. El comportamiento contrario a los valores de nuestra organización tiene el efecto de socavar las normas profesionales. La mala conducta por parte de los superiores envía una señal a toda la fuerza de que los deseos y antojos de nuestro personal se anteponen a nuestra lealtad a la ética profesional militar. Muestran que el código de moral que, con tanta frecuencia se destaca, es más bien una fachada que una base fundamental.

Recientes delitos perpetrados por oficiales del Ejército de mayor antigüedad, tales como la conducta sexual inapropiada, el uso inadecuado de los recursos del gobierno, el fraude y la bigamia contribuyeron a un cinismo cada vez mayor entre los soldados. Si bien la mayoría de los oficiales se adhieren a los estándares estrictos,

la reciente erupción de conducta inapropiada, ha fomentado una percepción de que nuestro cuerpo de oficiales sufre de un sentido de derecho.

Incluso, David Petraeus, el hombre que muchos consideraron uno de los más grandes líderes militares de esta generación, sucumbió ante la tentación de entablar una relación extramatrimonial. En todo el Ejército, los soldados, suboficiales y oficiales se preguntaron, ¿Por qué alguien que ha comandado en los niveles más altos en el Ejército se expondría a sí mismo a tal situación y violaría el código moral que fomentó durante toda su carrera en el Ejército? El coronel Mike Meese, quien se desempeñó como el principal integrante del Estado Mayor de Petraeus, claramente describió el sentir en todo el Ejército cuando se enteraron de la relación ilegítima de Petraeus al decir lo siguiente: “Fue un golpe bajo para los que lo conocíamos”.³⁵ En los últimos años, mucho se ha escrito en donde se ha criticado a los oficiales generales estadounidenses como arribistas, incompetentes y mediocres, quienes no están dispuestos a proporcionar a nuestro liderazgo civil con una evaluación precisa de las guerras.³⁶ Los proponentes de esta opinión alegan que hay un problema sistemático en la manera como las fuerzas armadas ascienden y capacitan a los oficiales, lo que ha resultado en que los oficiales de menor antigüedad y de mitad de carrera pierdan la confianza en sus oficiales generales.

John Snider se refiere a esto como una “brecha de confianza” que se ha desarrollado donde los líderes de menor antigüedad se sienten que han sido traicionados por sus superiores.³⁷ Si ya hay esta brecha, entonces solo se ensancha por la reciente cadena de conducta amoral y antiética mostradas por algunos de nuestros líderes superiores. El que a nuestros oficiales de mayor antigüedad del Ejército se les cataloguen de “incompetente” es lo suficientemente malo, pero aún peor es que se les califiquen de hipócritas y renuentes a adherirse a los mismos estándares profesionales a los cuales se espera que los soldados se adhieran.

Una amenaza para nuestra profesión

Si bien nos entusiasma pensar en el Ejército de 2020 y más allá, es importante que nos demos cuenta de estas áreas donde no hemos satisfecho nuestras expectativas profesionales y, en última instancia, perdido algo de la confianza por la que los militares profesionales arduamente hemos trabajado para ganar. Si alegamos que nuestro rasgo característico es desarrollarnos sobre una base de confianza, entonces debemos tomar las medidas necesarias para corregir nuestras deficiencias que han comenzado a socavar la piedra angular de nuestra profesión.

Nuestras relaciones cívico-militares deben repararse para volver a ganar la confianza entre el Ejército y el pueblo estadounidense. Los líderes militares deben proporcionar consejos honestos a los funcionarios civiles sin sobrepasar los límites. Cuando se toman decisiones, las mismas deberían ser fielmente apoyadas. A fin de mantener una fuerza de voluntarios, también debemos encontrar maneras de acercarnos a nuestras comunidades vecinas para revertir la separación que se está dando entre los soldados y los civiles.

Además, necesitamos reflexionar sobre el estado de la moral en nuestro Ejército y encontrar maneras para resolver la situación actual. Los altos niveles de suicidios en el Ejército no son permisibles para una profesión que se enorgullece del espíritu de solidaridad, disciplina y orgullo. Las crecientes tasas de acoso y agresión sexual siguen mermando la confianza entre los soldados, la cual es vital para el desarrollo coherente y eficaz de las unidades. El comportamiento de nuestro cuerpo de oficiales debe cambiar si esperamos que los soldados tomen en serio los valores del Ejército. Nuestros mejores líderes comprenden la importancia de que nuestro Ejército sea una organización de aprendizaje. Ya se están tomando las medidas necesarias para intentar corregir algunos de estos asuntos, sin embargo, debemos comenzar destacando la importancia de la confianza para nuestra profesión. Mientras seguimos reeducando a nuestras unidades sobre la importancia fundamental de

la Profesión de las Armas, debemos asegurar que todos los líderes estén directamente involucrados y rindan cuentas. Ahora es el momento

de encarar estos desafíos. En última instancia, la piedra angular de nuestra profesión está en juego.**MR**

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Stewart, W., Richard, *American Military History*, Volume II (Washington: Center of Military History, 2005), p. 369.
2. Nielsen, Suzanne, "An Army Transformed: The U.S. Army's Post-Vietnam Recovery and the Dynamics of Change in Military Organizations," *The Letort Papers* (U.S. Army War College, septiembre de 2010), p. 38.
3. General Dempsey, E., Martin, An Army White Paper: The Profession of Arms, p. 8 de diciembre de 2010.
4. General Odierno, Raymond, "The Profession of Arms," *Military Review* (September 2011):p. 2.
5. Army Doctrine Publication (ADP) 1, *The Army* (Washington, DC, U.S. Government Printing Office, 17 de September 2012), 2-2.
6. General Cone, W., Robert, "Enduring Attributes of the Profession," *Military Review* (September 2011):p. 6.
7. ADP 1, p. 2-2.
8. *Ibid.*, p. 2-3.
9. Center for the Army Profession and Ethic, *The Army Profession*, octubre de 2011, p. 32.
10. Huntington, P., Samuel, *The Soldier and State* (Cambridge: Harvard University Press, 1957), p. 84.
11. Hasting, Michael, "The Runaway General," *Rolling Stone*, 8 de julio de 2010, p. 92.
12. Stanley A. McChrystal, *My Share of the Task* (New York: Portfolio/Penguin, 2013), p. 387.
13. Spiegel, Peter, "Sharp Words Expose Rift Over War Policy," *Wall Street Journal*, 21 de junio de 2010, <http://online.wsj.com/article/SB10001424052748704123604575323112555546200.html> (14 de enero de 2013).
14. Dempsey, Martin, p. 17.
15. Gates, Robert, Speech given to the Association of the United States Army, Washington DC, 5 de octubre de 2009, <http://www.defense.gov/speeches/speech.aspx?speechid=1383> (23 de enero de 2013).
16. Ulrich, Marybeth, "Infusing Normative Civil-Military Relations Principles in the Officer Corps," en *The Future of the Army Profession*, 2ª ed., Don M. Snider y Lloyd J. Matthews (Boston: McGraw Hill Publishing, 2005), p. 659.
17. Skelton, Ike, "Skelton Farewell Speech Transcript," House Armed Services Committee, 1 de diciembre de 2010, <http://democrats.armed-services.house.gov/index.cfm?p=skelton-farewell-speech-transcript> (28 de noviembre de 2012).
18. Pew Research Center, "The Military-Civilian Gap: War and Sacrifice in the Post-9/11 Era," *Pew Social and Demographic Trends*, 5 de octubre de 2011, p. 2.
19. Southall, Ashley, "A Changing of the Guard Among Veterans in Congress," *The New York Times*, 4 de enero de 2013, <http://thecaucus.blogs.nytimes.com/2013/01/04/achanging-of-the-guard-among-veterans-in-congress/> (9 de marzo de 2013).
20. Henderson, Kristin, "Their War," *Washington Post*, 22 de julio de 2007, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/07/18/AR2007071802785.html> (14 de diciembre de 2013).
21. *Ibid.*
22. ADP1, p. 2-3.
23. Henderson.
24. Gates.
25. *Ibid.*
26. U.S. Department of Defense, "Army Releases December 2012 and Calendar Year 2012 Suicide Information," 1 de febrero de 2013, <http://www.defense.gov/Releases/Release.aspx?ReleaseID=15797> (7 de enero de 2013).
27. Burns, Robert, "General Foresees End to Grim Rise in Army Suicides," *Associated Press*, 7 de marzo de 2013, <http://bigstory.ap.org/article/general-foreseesend-grim-rise-army-suicides> (15 de marzo de 2013).
28. Ver Hodge, W., Charles, y col., "Combat Duty in Iraq and Afghanistan, Mental Health Problems, and Barriers to Care," *New England Journal of Medicine* p. 351, núm. 1 (2004).
29. Griffith, James y Vaitkus, Mark, "Perspectives on Suicide in the Army National Guard," *Armed Forces and Society*, 22 de febrero de 2013.
30. Chappel, Bill, "U.S. Military's Suicide Rate Surpassed Combat Deaths in 2012," *National Public Radio*, 14 de enero de 2013, <http://www.npr.org/blogs/thetwohour/2013/01/14/169364733/u-s-military-suicide-rate-surpassed-combat-deaths-in-2012> (9 de marzo de 2013).
31. Roulo, Claudette, "Dempsey: Leadership, Trust Essential to Battling Suicide," *American Forces Press Service*, 25 de septiembre de 2012, <http://www.defense.gov/news/newsarticle.aspx?id=118006> (25 de marzo de 2013).
32. Department of Defense Annual Report on Sexual Assault in the Military, abril de 2012, http://www.sapr.mil/media/pdf/pdf/reports/Department_of_Defense_Fiscal_Year_2011_Annual_Report_on_Sexual_Assault_in_the_Military.pdf (14 de enero de 2013).
33. Zoroya, Gregg, "VA Finds Sexual Assaults More Common in War Zones," *USA Today*, 26 de diciembre de 2012, <http://www.usatoday.com/story/news/nation/2012/12/26/va-finds-sexual-assaults-more-common-in-war-zones/1793253/> (24 de febrero de 2013).
34. Snider, M., Don, "The Moral Corrosion Within our Military Professions," Strategic Studies Institute, 27 de noviembre de 2012, <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil/index.cfm/articles/The-Moral-Corrosion-within-Our-Military-Professions/2012/11/27> (23 de febrero de 2013).
35. Shear, D., Michael, "Petraeus Quits; Evidence of Affair was Found by F.B.I.," *New York Times*, 9 de noviembre de 2012, http://www.nytimes.com/2012/11/10/us/citing-affair-petraeus-resigns-as-cia-director.html?pagewanted=all&_r=0 (21 de noviembre de 2012).
36. Ver Ricks, E., Thomas, *The Generals* (New York: The Penguin Press, 2012); y Yingling, Paul, "A Failure in Generalship," *Armed Forces Journal* (mayo de 2007).
37. Kaplan, Fred, "Challenging the Generals," *New York Times*, p. 26 de agosto de 2007, http://www.nytimes.com/2007/08/26/magazine/26military.html?pagewanted=all&_r=0 (21 de febrero de 2013).